

traen... así... nada más que regular. Muchas veces no se diferencia de una costürerita de Cebre... Vamos, la pobre tuvo poca suerte hasta el día.

—A arreglar todo eso venimos—contestó Gabriel levantándose, como deseoso de echar á andar sin dilación en busca de su futura esposa. Su huésped le imitó.

—Entonces, ¿á qué hora de la tarde quiere V. salir para la rectoral de Ulloa?—preguntó muy solícito.

—He mudado de plan; ya no voy... Iré dentro de un par de días á saludar al señor cura. Tengo por V. cuantos informes necesito, y puedo presentarme hoy mismo en los Pazos de Ulloa sin inconveniente alguno.

—¿Le corre tanta prisa?

—¿Qué quiere V.? Cuando uno está enamorado...

Juncal se rió, y volvió á mirar á su interlocutor, gozándose en verle tan animoso. El sol ascendía, la proyección de sombra de las tapias y el emparrado empezaba á acortarse. Por la puerta del huerto asomó una figura humana inundada de luz, de frescura y color: era una mujer, Catuxa, con el delantal recogido y levantado, lleno de aechaduras de trigo que arrojaba á puñados entorno suyo chillando agudamente:—Pitos, pitos, pitos..., pipí, pipí, pipí... Seguíanla los pollos nuevos, amarillos como canarios, con sus listos ojillos de azabache, con sus corpezuelos que aún conservaban la forma del cascarón, columpiados sobre las patitas en-

debles. Detrás venía la gallina, una gallina pedreña, grave y cacareadora, honrada madre de familia, llena de dignidad. A la nidada seguía una horda confusa de volátiles: pollos flacos y belicosos, gallinas jóvenes muy púdicas y modestas, muy sumisas al hermosísimo bajá, al gallo rojizo con cresta de fuego y ojos de ágata derretida, que las custodiaba y les señalaba con un cacareo lleno de deferencia el sustento esparcido, sin dignarse probarlo. Don Gabriel se detuvo muy interesado por aquel cuadro de bodegón, que rebosaba alegría. El gallo le recordó el mote del marido de Sabel, y, por inevitable enlace de ideas, los Pazos de Ulloa. Y al pensar que estaría en ellos por la tarde y conocería á la que ya nombraba mentalmente *su novia*, la circulación se le paralizó un momento, y sintió que se le enfriaban las manos, como sucede en los instantes graves y decisivos.

—¡Fantasía, fantasía!—pensó.—¡Cuidadito... no empieces ya á hacer de las tuyas!

XI

ANTES de salir de Cebre á caballo, rigiendo una yegua y una mulita, detuviéronse ciertos momentos Juncal y Don Gabriel en el *alpendre* ó cobertizo del patio del mesón donde re-

mudaba tiro la diligencia. Yacían allí las víctimas del siniestro, una mula con una pata toda entablillada, y no lejos, sobre paja esparcida, cubierto con una manta, temblando aún de la bárbara cura que acababan de hacerle, el infeliz delantero, no menos entablillado que la mula. A su cabecera (llamémosle así) estaba el facultativo, que no era sino el famoso señor Antón, el algebrista de Boán. Máximo dió un codazo á Don Gabriel, advirtiéndole que reparase en la peregrina catadura del viejo, el cual no se turbó poco ni mucho al encontrarse cogido infraganti delito de usurpación de atribuciones; saludó, sacó de detrás de la oreja la colilla, y empezó á chuparla, á vueltas de inauditos esfuerzos de su barba, determinada á juntarse de una vez con la nariz.

Miró Gabriel al pobre mozo que gemía, con los ojos cerrados, la cabeza entrapajada y una pierna tiesa del terrible aparato que acababan de colocarle, y consistía en más de una docena de *talas* ó astillas de caña de cortas dimensiones, defensa de la bisma de pez hirviendo que le habían aplicado. La criada y el amo del mesón se limpiaban aún el sudor que les chorreaba por la frente, cansados de ayudar á la operación de la compostura tirando con toda su fuerza de la pierna rota hasta hacer estallar los huesos, á fin de *concertar* las articulaciones, mientras el paciente veía todos los planetas, incluso los telescópicos.

—Mire si tenía razón—murmuró Máximo.—Estoy ahí, á la puerta, y han preferido mandar

llamar á éste de más de tres leguas... Es verdad que él ha curado de una vez al muchacho y á la mula, cosa que yo no haría.

Gabriel observaba al algebrista como se observa un tipo de cuadro de género, de los que trasladó al lienzo para admiración de las edades el pincel de Velázquez y Goya.

—Me gustaría darle palique si nouviésemos el tiempo tan tasado—indicó al médico.

—¡Bah! No tenga miedo, que al señor Antón se lo encontrará V. á cada paso por ahí... Raro es que pase un mes sin que dé una vuelta por los Pazos: como hay mucho ganado...

Antes de ponerse en camino, Don Gabriel sacó de la petaca algunos cigarros, que tendió al atador. Tomólos éste con su flema y reposo habituales, y arrojando la ya apurada colilla, se tocó el ala del grotesco sombrero mientras con la izquierda cogía el vaso colmado de vino que le brindaba la mesonera.

Los jinetes refrenaron el primer ímpetu de sus cabalgaduras, á fin de no cansarlas ni cansarse, y adoptaron una ambladura pacífica. Era la tarde de esas del centro del año, que en los países templados suelen ostentar incomparable magnificencia y hermosura. Campesinos aromas de saúco venían á veces en alas de una ligerísima brisa, apenas perceptible. La yegua de Juncal, que montaba el comandante, no desmentía los encomios de su dueño. Regíala Gabriel con la diestra, y bien pudiera dejarle flotar las riendas sobre el pescuezo, pues aunque lucía y redondita de ancas, gracias al salvado de Catuxa,

era la propia mansedumbre. Sólo se permitía de rato en rato el exceso de torcer el cuello, sacudir el hocico y rociar de baba y espuma los pantalones del jinete; pero aun esto mismo lo hacía con cierta docilidad afectuosa.

Gabriel se dejaba columpiar blandamente, penetrado de un bienestar intenso, de una embriaguez espiritual, que ya conocía de antiguo por haberla experimentado cuantas veces se divisaba en su vida un horizonte ó un camino nuevo. Era una especie de eretismo de la imaginación, que al caldearse desarrollaba, como en sucesión de cuadros disolventes, escenas de la existencia futura, realizadas con toques de poesía, entretejidas con lo mejor y más grato que esa existencia podía dar de sí, con su expresión más ideal. En la fantasía incorregible del artillero, los objetos y los sucesos representaban todo cuanto el novelista ó el autor dramático pudiese desear para la creación artística, y por lo mismo que no desahogaba esta ebullición en el papel, allá dentro seguía borbotando. Si la realidad no se arreglaba después conforme al modelo fantástico, Gabriel solía pedirle estrechas cuentas; de aquí sus reiteradas decepciones. Soñador tanto más temible, cuanto que guardaba sepulcral silencio acerca de sus ensueños, y á nadie comunicaba sus fracasos—los *caballos muertos*, que decía él para sí.—Conociéndose, solía proponerse mayor cautela y echar el torno á la imaginación. Pero ésta llevaba siempre la mejor parte.

Verbigracia, en el caso presente. ¿Pues no

habíamos quedado en que el pedir la mano de su sobrina era el cumplimiento de austero deber, un tributo pagado á la memoria de un ser querido, un acto sencillo y grave? ¿Bastarían dos ó tres frases de Juncal, el olor de las flores silvestres y el hervor de su propia mollera para edificar sobre la base de la obligación moral el castillo de naipes de la pasión? ¿Por qué pensaba en su sobrina incesantemente, y se la figuraba de mil maneras, y discurría, enlazando experiencias y recuerdos, cómo sorprenderla, interesarla y enamorarla, hablando pronto? ¿Por qué se deleitaba en imaginar la inocencia selvática de su sobrina, su carácter algo arisco, y el rendimiento y ternura con que, después de las primeras esquiveces, le caería sobre el corazón más blanda que una breva, y por qué se veía disipando poco á poco su ignorancia, educándola, formándola, iniciándola en los goces y bienes de la civilización, y otras veces volvía la torta, y se veía á si propio hecho un aldeano, y á Manolita con los brazos arremangados como Catuxa, dando de comer á las gallinas, ó... ¡celestes visión, espectáculo inefable! arrimando al blanco y redondo pecho una criaturita medio en pelota, toda bañada del so...

La naturaleza se asemeja á la música en esto de ajustarse á nuestros pensamientos y estados de ánimo. No le parecieron á Gabriel tristes y lúgubres ni los abruptos despeñaderos que se suspenden sobre el río Avieiro, ni los pinares negros cuya mancha limitaba el horizonte, ni los montes calvos ó poblados de aliaga, ni los

caminos hondos, que cubría espesa bóveda de zarzal. Al contrario, miraba con interés los pormenores del paisaje, y al llegar al crucero de piedra y al copudo castaño que le formaba natural pabellón, exclamó con entusiasmo:

—¡Qué hermoso sitio! Ni ideado por un pintor escenógrafo de talento.

—Cerquita de aquí— advirtió Juncal— mataron al excomulgado de Primitivo, el mayordomo de los Pazos. Mire V.: debió de ser por allí, donde blanquea aquel paredón... El chiquillo, el nieto, el Perucho, lo estuvo viendo muy agachadito detrás de las piedras... Se le ha de acordar cada vez que pase por aquí... si es que tiene valor de pasar.

Gabriel se volvió un poco sobre la silla española que vestía su yegua, y exclamó como el que pregunta algo de sumo interés que se le ha olvidado:

—¿Qué tal indole es la de ese chico? ¿Maltrata á mi sobrina? ¿La mortifica? ¿Le tiene envidia? ¿Hace por malquistarla con mi cuñado?

—¡El matrararla! ¡A su sobrina! ¡Pues si no ha habido en el mundo cariño más apretado que el de tales criaturas! Desde que nació la niña, Perucho se volvió chocho, lo que se llama chocho, por ella; la señora y el ama no sabían qué discurrir para quitarse de encima al chiquillo, que no hacía sino llorar por la nené. Allí estaba siempre, como un perrito faldero; ni por pegarle; le digo á V. que era mucho cuento tal afición. Y después de fallecer la señora, ¡Dios nos libre! El niño de la señorita Manolita en

realidad ha sido Perucho. Siempre juntos, correteando por ahí. ¡Pocas veces me los tengo encontrados por los sotos, haciendo *magostos*, por las viñas picando uvas, ó chapuzando por los pantanos! Y que no sé cómo no se mataron un millón de veces ó no rodaron por los despeñaderos al río. El chiquillo es fuerte como un toro ¡más sano y recio! Un hijo verdadero de la naturaleza. Sólo una enfermedad le conocí, y verá V. cuál. Cátate que se le pone en la cabeza al marqués, y otros dicen que al farolón del *Gallo*, enviar al rapaz á Orense para que estudie; y quién le dice á V. que el primer año, cuando tocaron á separarse, los dos chiquillos cayeron malos qué sé yo de qué... de una cosa que aquí llamamos *saudades*... ¿V. comprende el término? porque V. lleva años de faltar de Galicia...

—Sí, ya se qué quiere decir *saudades*. Los catalanes llaman á eso *anyoransa*. En castellano no hay modo tan expresivo de decirlo.

—Ajajá. Pues el chiquillo, el primer año, se desmejoró bastante y vino todo encogido, como los gatos cuando tienen *morriña*; pero así que volvieron á sus correrías, sanó y se puso otra vez alegre. Y á cada curso la misma función. Siempre triste y rabiando en Orense (parece que la cabeza no la tiene el chico allá para grandes sabidurías), y, apenas *pintan* las cerezas y toma las de Villadiego, otra vez más contento que un cuco, y á corretear con su...

Juncal dudó y vaciló al llegar aquí. Por vez primera acaso, se le vino á las mientes una idea muy rara, de esas que hacen signarse aun á los

menos devotos, murmurando— ¡Ave María!— de esas que no se ocurren en mil años, y una circunstancia fortuita sugiere en un segundo...

Cruzáronse sus miradas con las de Don Gabriel, que le parecieron reflejo de su propio pensamiento, reflejo tan exacto como el del cielo en el río; y entonces el artillero, sin reprimir una angustia que revelaba el empañado timbre de la voz, terminó el período:

—Con su hermana.

Calló Juncal. Lo que ambos cavilaban no era para dicho en alto.

Reinó un silencio abrumador, cargado de electricidad. Estaban en sitio desde el cual se divisaba ya perfectamente la mole cuadrangular de los Pazos de Ulloa y el sendero escarpado que á ellos conducía. Juncal dió una sofrenada á su mula.

—Yo no paso de aquí, Don Gabriel... Si llevo hasta la puerta, extrañarán más que no entre... y la verdad, como está uno así... político... no me da la gana de que piensen que aproveché la ocasión para meter las narices en casa de su señor cuñado. Mañana vendrá el criado mío á recoger la yegua...

Gabriel tendió la mano sana buscando la del médico.

—Me tendrá V. en Cebre cuando menos lo piense, á charlar, amigo Juncal... A V. y á su señora les debo un recibimiento y una hospitalidad de esas... que no se olvidan.

—Por Dios, Don Gabriel... No avergüence á los pobres... Dispensar las faltas que hubiese.

La buena voluntad no escaseaba: pero V. pasaría mil incomodidades, señor.

—Le digo á V. que no la olvidaré...

Y el rostro del artillero expresó gratitud afectuosa.

—¡Cuidar el brazo, no hacer nada con él!— gritaba Juncal desde lejos, volviéndose y apoyando la palma sobre el anca de la mula. Y diez minutos después aún repetía para sí: — ¡Qué simpático!... ¡Qué persona tan decente!... ¡Qué instruído! ¡Qué modos finos!...

El médico, después de volver grupas, apuró lo posible á la mulita con ánimo de llegar pronto á su casa. Iba pesaroso y cabizbajo, porque ahora le venía el trasacuerdo de que no había preguntado al comandante Pardo sus opiniones políticas y su dictamen acerca del porvenir de la regencia y posible advenimiento de la República.

—¿Cómo pensará este señor?— discurría Juncal, mientras el trote de la mula le zarandeaba los intestinos. — ¿Qué será? ¿Liberal ó carcunda? Vamos, carcunda es imposible... Tan simpático... ¡qué había de ser carcunda! Pues sea lo que quiera... debe de estar en lo cierto.

XII

Por delante de los Pazos cruzaba un mozaillon conduciendo una pareja de bueyes sueltos, picándoles con la aguijada, á fin de que an-

duviesen más aprisa. Gabriel le preguntó, para orientarse, pues ignoraba á cuál de las puertas del vasto edificio tenía que llamar. Ofrecióse el mozo á guiarle adonde estuviese el marqués de Ulloa, que no sería en casa, sino en la era, viendo recoger la cosecha del centeno. Arrendando el artillero su dócil montura, echó detrás del mozo y de los bueyes.

Dieron vuelta casi completa á la cerca de los Pazos, pues la era se encontraba situada más allá del huerto, á espaldas del solariego caserón. Gabriel aprovechó la coyuntura de enterarse del edificio, en cuyas trazas conventuales discernía rastros de aspecto bélico y feudal, aire de fortaleza, por el grosor de los muros, la angostura de las ventanas, reminiscencia de las antiguas saeteras, las rejas que defendían la planta baja, las fuertes puertas y los disimulados postigos, las torres, que estaban pidiendo almenas, y, sobre todo, el montés blasón, el pino, la puente y las sangrientas cabezas de lobo.

Indicaba desde lejos la era la roja cruz del hórreo: se oía el coro estridente de los ejes de los carros, que salían vacíos para volver cargados de cosecha. Era la hora en que los bueyes, rociados con unto y aceite, como preservativo de las moscas, cumplen con buen ánimo su pesada faena y se dejan uncir mansamente al yugo, mosqueando despacio el ijar con las crinadas colas. Gabriel se tropezó con dos ó tres carros, y al emparejar con ellos pensó que su chirrido le rompiese el tímpano. Delante de la

era se apeó, ayudado por su guía; entrególe las riendas, y entró.

Un enjambre de fornidos gañanes, vestidos solamente con grosera camisa y calzón de estopa, alguno con un rudimentario chaleco y una faja de lana, empezaban á elevar, al lado de una *meda* ó montículo enorme de mies, otro que prometía no ser más chico. Dirigía la faena un hombre de gallarda estatura, moreno y patilludo, de buena presencia, vestido á lo señor, con americana, cuello almidonado, leontina y bastón, y muy zafio y patán en el aire; Gabriel pensó que sería el mayordomo, el *Gallo*. Sentado en un banquillo hecho de un tablón grueso, cuyas patas eran cuatro leños que, espata-rándose, miraban hacia los cuatro puntos cardinales, estaba otro hombre más corpulento, más obeso, más entrado en edad ó más combatido por ella, con barba aborascada y ya canosa, y vientre potente, que resaltaba por la posición que le imponía la poca altura del banco. A Gabriel le pasó por los ojos una niebla: creyó ver á su padre, Don Manuel Pardo, tal cual era hacía unos quince ó veinte años; y con mayor cordialidad de la que traía premeditada, se fué derecho á saludar al marqués de Ulloa.

Éste alzó la cabeza muy sorprendido; el Gallo, sin volverse, giró sus ojos redondos, de niña oscura y pupila aurífera, como los del sultán del corral, hacia el recién llegado; los mozos suspendieron la faena, y Gabriel, en medio del repentino silencio, notó en la planta de los piés una sensación muelle y grata, parecida á la del

que entra en un salón hollando tupidas alfombras. Eran los extendidos haces de centeno que pisaba.

El hidalgo de Ulloa se puso en pié, y se hizo con la mano una pantalla, porque los rayos del sol poniente daban de lleno en la cara de Gabriel, y no le permitían verla á su gusto. El comandante se acercó más á su cuñado, y alargó la diestra, diciendo:

—No me conocerás... Te diré quien soy... Gabriel, Gabriel Pardo, el hermano de tu mujer.

—¿Gabriel Pardo?

Revelaba la exclamación de Don Pedro Moscoso, no solamente sorpresa, sino hosco recelo, como el que infunden las cosas ó las personas cuya inesperada presencia resucita épocas de recuerdo ingrato. Viendo Gabriel que no le tomaban la mano que tendía, hizose un poco atrás, y murmuró serenamente:

—Vengo á verte y á pedirte posada unos cuantos días... ¿Te parece mal la libertad que me tomo? ¿Me recibirás con gusto? Di la verdad; no quisiera contrariarte.

—¡Jesús... hombre!—prorrumpió el hidalgo esforzándose al fin por manifestar cordialidad y contento, pues no desconocía la virtud primitiva de la hospitalidad.—¡Seas muy bien venido; estás en tu casa! Angel—ordenó dirigiéndose al Gallo,—que recojan el caballo del señor; que le den cebada... ¿Quieres refrescar, tomar algo? Vendrás molesto del viaje. Vamos á casa en seguida,

—No por cierto. De Cebre aquí, á caballo, no

es jornada para rendir á nadie. Siéntate donde estabas; si lo permites, me quedaré aquí; lo prefiero.

—Como tú dispongas; pero si estás cansado y... ¡Ey, Angel!—gritó al individuo que ya se alejaba—á tu mujer, que prepare tostado y unos bizcochos. ¡Vaya, hombre, vaya!—añadió volviéndose á Gabriel.—Tú por acá, por este país...

—He llegado ayer—contestó Gabriel comprendiendo que una vez más se le pedía cuenta de su presencia y razón plausible de su venida.

—Estaba en la diligencia que volcó—y al decir así, señalaba su brazo replegado, sostenido aún por el pañuelo de seda de Catuxa.—Ha sido preciso descansar del batacazo.

—¡Hola, con que en la diligencia que volcó! ¡Ey, tú, Sarnoso!—exclamó el hidalgo dirigiéndose á uno de los gañanes.—¿No dijiste tú que vieras entrar en Cebre ayer una mula y un delantero estropeados?

—Con perdón—respondió el Sarnoso tocándose una pierna—llevaban esto *crebado*, pensando V.

—Sí, es verdad; hoy se les hizo la cura—confirmó Gabriel.

El vuelco de la diligencia empezó á dar mucho juego. El Sarnoso agregó detalles; Gabriel añadió otros; el marqués no se saciaba de preguntar, con esa curiosidad de los acontecimientos ínfimos propia de las personas que viven en soledad y sin distracción de ninguna clase. Gabriel le examinaba á hurtadillas. Para los cin-

cuenta y pico en que debía frisar, parecíale muy atropellado y desfigurado el marqués, tan barrigón, con la tez tan inyectada, con el pescuezo y nuca tan anchos y gruesos, con las manos tan nudosas por las falanges, como suelen estar las de los labriegos, que por espacio de medio siglo se han consagrado á beber el hálito de la tierra y á rasgarle el seno diariamente. A modo de maleza que invade un muro abandonado, veía el artillero en el conducto auditivo, en las fosas nasales, en las cejas, en las muñecas de su cuñado, que teñía de rojo el sol poniente, una vegetación, un musgo piloso, que acrecentaba su aspecto inculto y desapacible. El abandono de la persona, las incesantes fatigas de la caza, la absorción de humedad, de sol, de viento frío, la nutrición excesiva, la bebida destemplada, el sueño á pierna suelta, el exceso, en suma, de vida animal, habían arruinado rápidamente la torre de aquella un tiempo robustísima y arrogante persona, de distinta manera, pero tan por completo como lo harían las excitaciones, las luchas morales y las emociones febriles de la vida cortesana. Tal vez parecía mayor la ruina por la falta de artificio en ocultarla y remediarla. Ceñido aquel mismo abdomen por una faja, bajo un pantalón negro hábilmente cortado; desmochada aquella misma cabeza por un diestro peluquero; raídas aquellas mejillas con afiladísima navaja, y suavizada aquella barba con brillantina; añadido á todo ello cierto aire entre galante y grave, que caracteriza á las personas respetables en un salón, es seguro que

más de cuatro damas dirían, al ver pasar al marqués de Ulloa:—¡Qué bien conservado! Cuarenta años es lo más que representa.

Lo cierto es que Gabriel, notando en su cuñado señales evidentes del peso de los años y del esfuerzo con que iba descendiendo ya el agrio repecho de la vida, sintió por él esa compasión involuntaria que inspiran á los corazones generosos las personas aborrecidas ó antipáticas, cuando caminan al desenlace de las humanas tribulaciones, flaquezas é iniquidades—la muerte.

—¡Yo que le tenía por un castillo!—pensó.— Pero también los castillos se desmoronan.

De su parte el marqués, lleno de curiosidad y suspicacia, estaba que daría el dedo meñique por saber qué viento traía á su cuñado. Pensaba en recriminaciones, en acusaciones, en cuentas del pasado, ajustadas ahora por quien tenía derecho de ajustarlas, y pensaba también en cosa más inmediata y práctica, en una discusión referente á las partijas que se hallaban incoadas y pendientes desde el fallecimiento del señor de la Lage. Por más que el aire abierto y franco de Gabriel decía á voces—no vengo aquí á ocuparme en cuestiones de intereses— el marqués de Ulloa se fijó en la última hipótesis, y la dió por segura, y empezó á tirar mentalmente sus líneas y á combinar su estrategia. Con los años, el marqués de Ulloa había contraído las aficiones de los labriegos viejos, para los cuales no hay plato más gustoso que una discusión de pertenencia, un litigio, un enredo

cualquiera en que, si no danza el papel sellado, esté por lo menos en ocasión de danzar.

Como anticipándose á indicar el verdadero objeto de su venida, Gabriel, habiéndose quitado su sombrero hongo de fieltro, que le dejaba una raya roja en la frente, y pasándose con movimiento juvenil la mano por el cabello para arreglarlo, calando mejor los quevedos, preguntó :

—Y... ¿qué tal mi sobrina Manuela? Estoy deseando verla. Debe de ser toda una mujer... ¿estará guapísima?

El marqués de Ulloa gruñó, creyendo que el gruñido era la mejor manera de contestar á lo que juzgaba cumplimiento. Al fin articuló :

—Ahora la verás... Milagro que no anda por aquí. Estarán ella y Perucho... como dos cabritos, triscando. Los pocos años, ya se ve... Cuando vamos viejos se acaba el humor... Más tengo corrido yo por esos vericuetos, que ningún muchacho de hoy en día... Pero á cada cerdo le llega su San Martín, como dicen... Todos vamos para allá—dijo, apoyando su grueso mentón en el puño de su palo, y señalando con la cabeza á punto muy distante.

Gabriel se entretenía contemplando el espectáculo de la era, que le parecía,—acaso por la gran plenitud de su corazón y el rosado vapor en que sabía bañar las cosas su fantasía incurable,—hinchida de soberana quietud y paz. La puesta del sol era de las más espléndidas, y los últimos resplandores del astro inundaban de rubia claridad la cima de las *medas*, convertían

1900
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

en cinta de oro bruñido la atadura de los haces, daban toques clarísimos de esmeralda á la copa de los árboles, mientras las ramas bajas se obscurecían hasta llegar al completo negror. Se oían los últimos pitios de los pájaros, dispuestos ya á recogerse, el canto ritmado del ¡paspallás! en el barbecho, el arrullo de las tórtolas, que se dejaban caer por bandadas en los sembrados en busca del rezago de granos y espigas que allí había derramado la hoz, y la lamentación interminable del carro cargado, tan áspera de cerca como melodiosa de lejos. A trechos se escuchaba también otra queja prolongadísima, pero humana, un ¡ala-laaaá! de segadoras, y todo ello formaba una especie de sinfonía—porque Gabriel no discernía bien los ruidos, ni podía decir cuáles salían de laringe de pájaro y cuáles de femenina garganta—una sinfonía que inclinaba á la contemplación y en la cual sólo desafinaba la voz enronquecida del marqués de Ulloa.

Incorporóse éste, haciendo segunda vez pantalla de la mano.

—¿No preguntabas por tu sobrina? Me parece que ahí la tienes. ¡Vela allí!

—¿En dónde?—preguntó Gabriel, que no veía nada ni oía más que un discordante quejido, que poco á poco iba convirtiéndose en insoportable estridor.

Entre el marco que dos higueras retorcidas, cargadas de fruto, formaban á la puerta de la era, desembocó entonces una yunta de amarillos y lucios bueyes, tirando de un carro ates-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO NÚÑEZ"

1625 MONTERREY, MEXICO

tado de gavillas de centeno. Reparó Gabriel con sorpresa la forma primitiva del carro, que mejor que instrumento de labranza parecía máquina de guerra: la llanta angosta, la rueda sin rayos, claveteada de clavos gruesos, el borde hecho con empalizada de agudas estacas, donde para sujetar la carga, descansa un tosco enrejado de mimbres, de quitaipón. Pero al alzar la vista de las ruedas, fijó su atención un objeto más curioso: un grupo que se destacaba en la cúspide del carro, un mancebo y una mocita, tendidos más que sentados en los haces de mies y hundido el cuerpo en su blando colchón; una mocita y un mancebo risueños, morenos, vertiendo vida y salud, con los semblantes coloreados por el purpúreo reflejo del Oeste donde se acumulaban esas franjas de arrebol que anuncian un día muy caluroso. Y venía tan íntima y arrimada la pareja, que más que carro de mies, parecía aquello el nido amoroso que la naturaleza brinda liberalmente, sea á la fiera entre la espinosa maleza del bosque, sea al ave en la copa del arbusto. Gabriel sintió de nuevo una extraña impresión; algo raro é inexplicable que le apretó la garganta y le nubló la vista.

XIII

PRIMERO se bajó de un salto Perucho, y tendiendo los brazos, recibió á Manuela, á quien sostuvo por la cintura. Cayó la chica con las sa-

yas en espiral, dejando ver hasta el tobillo su pié mal calzado con zapato grueso y media blanca. Al punto mismo de saltar vió al desconocido, y se detuvo como indecisa. Perucho también pegó un respingo de animal montés que encuentra impensadamente al cazador. Gabriel clavó en su rostro la mirada, impulsado por ansia secreta é indefinible de saber si merecía su fama de belleza física el que él llamaba entre sí, con asomos de humorismo, el bastardo de Moscoso.

Para el escultor y el anatómico, belleza era, y de las más perfectas y cumplidas, aquel cuerpo proporcionado y mórbido, en que ya, á pesar de la juventud, se diseñaban líneas viriles, bien señaladas paletillas, vigorosos hombros, corvas donde se advertía la firmeza de los tendones; y rasgo también de belleza clásica y pura, la poderosa nuca redondeada, formando casi línea recta con la cabeza y cubierta de un vello rojizo; el trazo de la frente que continuaba sin entrada alguna; la vara de la correcta nariz; los labios arqueados, carnosos y frescos como dos mitades de guinda; las mejillas ovales, sonrosadas, imberbes; la nariz y barba que ostentaban en el centro esa suave pero marcada meseta ó planicie que se nota en los bustos griegos, y que los artistas modernos no encuentran ya en sus modelos vulgares, y, por último, el monte de bucles, digno de una testa marmórea, de los cuales dos ó tres se emancipaban hasta flotar sobre las cejas y estorbar á los ojos.

Para Gabriel, más pensador é idealista que artista y pagano, y además hombre moderno en